

HAY QUE PASAR MUCHO PARA ENTRAR EN EL REINO DE DIOS

- ❖ **Me queda poco de estar con vosotros.**
- ❖ **Ahora es glorificado el hijo del hombre.**
- ❖ **Vi un cielo nuevo y una tierra nueva.**
- ❖ **Hay que pasar mucho para entrar en el Reino de Dios.**

Cuatro titulares. Tres libros diferentes de la Sagrada Escritura. Todo apunta, sin embargo, en una misma dirección: hay una salida de este mundo y para este mundo. No todo termina en la muerte.

¿Cómo expresar esto hoy sin que parezca un infantilismo o una ñoñería? En una cultura “terrenizada”, ajena a toda trascendencia, instalada en el día a día y únicamente obsesionada por el presente, sea por la supervivencia o por el éxito o por la imagen, cualquier referencia al más allá chirría, parece estar fuera de contexto. Como cuando Pablo hablaba de la resurrección de Cristo en el Areópago de Atenas, nos espera la sonrisa irónica, la mirada por encima del hombro, el desprecio de “los nuevos sabios”, el sarcástico “mañana te oiremos hablar de esto”.

El espíritu no es sino la materia más y mejor organizada. Disgregada la materia, se acabó el espíritu. No hay lugar para nada más. Así suena el argumento de algunos ateos. Pensar en una vida más allá de la muerte, en un Dios personal y creador de cuanto existe, es, para quienes así piensan, ignorancia o autoengaño infantil.

Sin embargo, nosotros los creyentes, con tanta o más racionalidad y no menos lógica, gracias a la fe, creemos firmemente lo que nos dicen los evangelios: que Jesucristo resucitó y que nosotros resucitaremos con él.

Esperamos, en efecto, **un cielo nuevo y una tierra nueva** donde el mal ya no existe. Y vivimos para esta nueva creación. Lo que no significa ni mucho menos desinteresarnos de este mundo, sobre todo de la injusticia y de las miserias humanas que se oponen absolutamente al proyecto de Dios. Porque creemos también que el mundo nuevo se construye desde aquí, desde la justicia y la fraternidad que figuran en la cabecera del proyecto de Dios sobre los hombres. Por eso rechazamos, nos oponemos y luchamos contra el abuso de unos sobre otros, contra la corrupción y el fraude. Y nos avergüenza que algunos que se llaman y consideran creyentes estén en todas las listas de corruptos y defraudadores.

Hay que pasar mucho para entrar en el Reino de Dios. Con su gracia, nos apuntamos a padecer lo necesario para testimoniar que es en la Cruz donde Cristo es glorificado por el Padre. Sabemos que esa Cruz para nosotros es resistir al mal y practicar el bien, es decir, no ser profesionales de la religión, sino cuidadores de la vida (de todos, especialmente de los más amenazados) y hacedores de fraternidad. De otro modo, cumplir el mandamiento de Jesús: “amaos unos a otros como yo os he amado”. El papa Francisco nos estimula con su ejemplo para no tener miedo de la bondad ni de la ternura. Para vivir apasionadamente la vida presente a la espera de y construyendo la gloria futura, los nuevos cielos y la nueva tierra.

JOSÉ MARÍA YAGÜE